

**MIKEL  
HERRÁN**

*@putomikel*



**LA HISTORIA**

**NO ES**

**LA QUE ES**

**ES LA QUE TE CUENTAN**



**MIKEL HERRÁN**

*@putomikel*

**LA HISTORIA  
NO ES  
LA QUE ES  
ES LA QUE TE CUENTAN**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Mikel Herrán, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones del interior: © J. Mauricio Restrepo, © Hein Nouwens / Shutterstock, © Ranju sudhi / Shutterstock, © Prachaya Roekdeethaweesab / Shutterstock, © Morphart Creation / Shutterstock, © SAHAS2015 / Shutterstock, © Jacob Lund / Shutterstock, © sunso7butterfly / Shutterstock

Diseño de maqueta: © J. Mauricio Restrepo

Primera edición: enero de 2022

Depósito legal: B. 18.360-2021

ISBN: 978-84-08-24920-7

Preimpresión: Realización Planeta

Impresión: Romanyà Valls

Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

# ÍNDICE

Introducción 11

Capítulo 1

**LA HISTORIA... ¿ES LA QUE ES?** 15

Capítulo 2

**DATOS Y FECHAS** 55

Capítulo 3

**¡QUE LES DEN A LOS  
«GRANDES HOMBRES»!** 85

Capítulo 4

**LA HISTORIA Y EL PROGRESO™** 119

Capítulo 5

**«NUESTRA» HISTORIA** 157

Capítulo 6

**LAS «OTRAS» HISTORIAS** 191

El fin de la historia 223

Bibliografía 227



**CAPÍTULO 1**

**LA HISTORIA...  
¿ES LA QUE ES?**



**D**espués de ver la serie española *El Ministerio del Tiempo* (TVE, 2015-2020), puede que a muchos les haya quedado claro que sí, que la historia es la que es. Pero dejadme que aporte algo de contexto para quienes, como yo, suelen ignorar la televisión abierta en favor de Netflix o de YouTube. La premisa de la serie es bastante sencilla: en España existe un ministerio secreto, el Ministerio del Tiempo, que tiene acceso a una serie de portales que permiten a sus agentes viajar al pasado. Su misión es mantener la línea temporal a salvo de interferencias que alteren la historia, algunas provocadas por sociedades secretas enemigas del ministerio y otras por serendipia o mutaciones aleatorias. El lema de este ministerio, que siguen todos sus agentes y que se repite en muchos de los capítulos, es ese: «La historia es la que es, no podemos cambiarla». Lo dicen, por ejemplo, cuando el protagonista se plantea si podría salvar a Federico García Lorca de morir fusilado el 18 de agosto de 1936.

Obviamente, este libro no es de análisis audiovisual. Esta frase tiene sentido narrativo en la serie, y podríamos pensar que es bastante inofensiva, pero esconde una mentira tan repetida que la damos por válida sin dudar, una de la que tenemos que ser

conscientes cuando queremos acercarnos a la historia o entender qué hacen un historiador o un arqueólogo (como el que escribe). Ahora, bajo el riesgo de provocar la furia de Javier Olivas, creador de *El Ministerio del Tiempo*, tengo que corregir:

---

La historia no es la que es,  
es la que te cuentan.

---

Sí, hay hechos que sabemos que ocurrieron y, por la cantidad de fuentes contrastadas que tenemos sobre ellos, son indiscutibles. El 18 de agosto de 1936, el corazón de un granadino llamado Federico García Lorca dejó de latir. Pero cómo se cuenta ese hecho nos dice incluso más que el propio acontecimiento: algunos titulares recuerdan la fecha como el aniversario de su «muerte», otros, de su «asesinato». Ambos datos serían verdad, pero uno de ellos da una información que el otro calla. En el segundo podríamos preguntarnos qué definimos como *asesinato* y las implicaciones de usar el término. Ya solo en la forma de contar el hecho hay más que la mera verdad objetiva.

Por otro lado, contar el hecho no es hacer historia. Si este libro fuese una serie de fechas y datos sueltos (un rey, una batalla), no sería un libro de historia, sería un almanaque. **La historia se construye** (atención a la palabra) al buscar cómo ese hecho se entrelaza con otros, qué ha llevado a ello y qué consecuencias ha tenido. ¿Qué hacía Lorca en esa carretera? ¿Quién le llevó allí? ¿Qué papel jugó su poesía en que decidieran llevarle ante ese muro? ¿Qué papel tuvieron en la condena su simpatía por el Frente Popular o su conocida homosexualidad? ¿Cómo recibieron los periódicos, de distintas ideologías, la noticia de su asesinato? ¿Cambió la

imagen de los sublevados? ¿Qué nos dice este asesinato sobre la violencia en los primeros meses de la Guerra Civil? Estas son solo algunas preguntas que pueden plantearse, y que no vamos a responder aquí porque no es el objetivo y otros lo han hecho mejor.

Esto quiere decir que **la historia es un relato, una explicación que puede unir una serie de hechos para buscar cómo se unen entre ellos y qué los relaciona**. Puede que algunos ya estéis gritando «iposmodernismo!», o igual escandalizándoos, porque ¿cómo va a ser el pasado algo distinto de lo que «es»? Como diría el gran poeta:

---

«Lo que pasó, pasó»,

Daddy Yankee.

---

Dejad que me explique.

Cuando digo que la historia es un relato, no quiero decir que todo vale, como un cuento que improvisas con tus amigos. Antes he dicho que la historia se construye. Y para ello necesita arquitectos, claro. Ahí entran los historiadores, los arqueólogos, los historiadores del arte y, sí, a menudo también los políticos. Estos «arquitectos» tendrán que usar bloques, que vamos a llamar *fuentes* y que pueden ser de todo tipo: escritas, arqueológicas, artísticas o incluso etnográficas. Cada uno de estos bloques nos puede ayudar a entender ciertas cosas del pasado, darnos pruebas sobre las que construir la interpretación que hacemos de este y montarnos un edificio más o menos estable, según los cimientos que hayamos podido asentar.

Igual el símil no es perfecto, no soy arquitecto, pero con lo que quiero que os quedéis es con que estos bloques son muy di-



versos, tienen facetas que no podemos ver bien, y estas facetas les hacen encajar de formas imperfectas. Y siempre nos dejamos cosas fuera, tanto por nuestras propias capacidades como porque mucha información se ha perdido. **La realidad es tremendamente compleja y las fuentes no pueden recogerlo absolutamente todo.**

Esto quiere decir, por tanto, que no hay Una Historia (con mayúscula), una historia que *es*. Todas son relatos y todas son parciales. Y la que voy a contar aquí no lo es menos. Pero no quiero que eso os haga cerrar el libro y buscar a quienes os venderán una historia presuntamente objetiva. El trabajo del historiador no consiste en la objetividad (aunque se busca), sino en la rigurosidad.

---

«Di la fuente, idi la fuente!»,

Lydia Lozano.

---

Voy a intentar en todo momento argumentar por qué digo lo que digo y además ofrecer las fuentes de las que parte mi información. Y allí donde me limite a elucubrar para rellenar algún hueco que nos ha quedado en el registro, también lo diré, claro. Con esto espero convencersos de que no estoy mintiendo y, a lo mejor, invitaros a buscar por vosotros mismos una interpretación alternativa y justificada. Para eso, claro, tengo que empezar hablando del kit de herramientas de todo profesional del estudio del pasado: las fuentes.

Cuando pensamos en fuentes para acercarnos al pasado, las hay muy variadas, incluso cuando solo hablamos de fuentes primarias. Podemos pensar en fuentes escritas, que son las que más

interesan a los historiadores; hay fuentes materiales, como puedan ser las cerámicas, las herramientas o los edificios que estudia un arqueólogo; tenemos también las fuentes iconográficas, como pueda ser estudiar la representación de ciertas figuras en el arte, en grabados o en monumentos; y tenemos también fuentes orales, que son útiles sobre todo para épocas más recientes. Todas ellas, como he dicho, son piezas que se pueden encajar de forma imperfecta para cimentar nuestras interpretaciones. Y cada tipo de fuente tiene unas limitaciones y unas propiedades que debemos entender antes de utilizarlas. Un contexto, una fiabilidad y un significado que tenemos que valorar.

Si intentásemos entender a una persona a través de sus redes sociales, llegaríamos a conclusiones muy distintas según si nos basamos en su Instagram, donde sube fotos de viajes exóticos; su Twitter, donde publica las primeras tonterías que se le pasan por la cabeza; o su LinkedIn, donde intenta presentar una imagen profesional. Es por eso que **el contexto de la fuente es tan importante, si no más, que lo que dice.**

## HAY QUE LEER LA LETRA PEQUEÑA

Si hablamos de historia, es inevitable pensar en las fuentes escritas. Al fin y al cabo, la escritura es lo que marca el paso entre la prehistoria y la historia. A raíz de las fuentes escritas podemos ver, por ejemplo, cómo ciertas sociedades se entendían a sí mismas, cuáles eran sus mitos, o sus leyes, o el discurso que querían presentar al mundo. Por supuesto todo depende de cuándo y quién escribiese la fuente, o con qué objetivo.

Hasta hace poco, la gente que podía leer y escribir ha representado una parte muy pequeña de la población. La mayoría

de las fuentes escritas que tenemos han sido escritas por o para la élite. Por lo que **las fuentes escritas, aunque las hay de muchos tipos, suelen reflejar una forma de ver el mundo bastante concreta: la del que manda.** Es decir, una perspectiva a menudo masculina y normativa, pero, sobre todo, rica. Si nos ponemos en ciertos contextos, como pudiera ser la Europa de la Edad Moderna o la Edad Contemporánea, tendríamos que añadir blanca y heterosexual, pero esto lo debatiremos más adelante.

Creerse a pies juntillas lo que dice una fuente escrita no suele llevarnos muy lejos, y se corre el riesgo de creerse más de un bulo.

---

Las fuentes se tienen que colocar en su contexto de producción, se tienen que leer de manera crítica y, a veces, como La Veneno, valen más por lo que callan que por lo que hablan.

---

Un ejemplo muy claro son las cifras de combatientes en una batalla, que a menudo se exageran para hacerla sonar más épica. Algunas crónicas cristianas hablan de doscientos mil musulmanes haciendo frente a las tropas cristianas en las Navas de Tolosa, aunque entre las crónicas musulmanas algunas mencionan hasta seiscientos mil combatientes. Estas cifras habrían sido imposibles de acumular por las sociedades feudales e incluso para el Imperio almohade en el siglo XIII. Por eso los historiadores estudian estos detalles de las fuentes, dando pie a largos debates.

En otros casos no son solo los detalles, sino el fondo lo que está en debate. Los relieves del templo de Abu Simbel representan a Ramsés II montado en su carro disparando contra los hititas para conmemorar la gran victoria egipcia en la batalla de Qadesh. Qadesh era una localidad en lo que hoy día sería la frontera entre Líbano y Siria, a orillas del río Orontes, y en este lugar se enfrentaron las dos principales potencias del Mediterráneo oriental en torno al año 1274 a. C.

Si nos centramos en lo que dicen las fuentes escritas, para el faraón Ramsés, Qadesh fue una victoria egipcia aplastante que permitió asegurar el control del Levante mediterráneo para los egipcios y frenó el avance hitita. Todo un logro que merecía ser conmemorado en tantos relieves y monumentos como fuera posible. El faraón mandó hasta componer un poema, llamado el *Poema de Pentaur*, en el que narra la batalla más épica posible antes de *El señor de los anillos*. El problema es... que las fuentes hititas del rey Muwatali II también nos cuentan que ganaron la batalla y derrotaron al faraón. ¿A quién creer?

Parece que las pérdidas sufridas por los hititas fueron muy altas, pero, por otra parte, no hay ninguna otra prueba de que, tras la batalla, los egipcios lograran dominar la zona de Levante. Qadesh continuó siendo controlada por los hititas, que mandaban caravanas comerciales a la ciudad de manera regular. Y más al sur, los arqueólogos seguían encontrando los mismos artefactos y textos escritos en cuneiforme, en vez de en jeroglíficos. Por otra parte, que Ramsés insistiera tanto en hacer circular poemas narrando su victoria, dejándola en inscripciones y en murales, tal vez nos debería haber hecho sospechar...

La respuesta a este misterio sigue buscándose, aunque hoy por hoy ya tenemos pistas suficientes para cuestionar la victoria egipcia. En Hattusa, la capital del Imperio hitita, se descu-

brieron unos archivos con la correspondencia privada entre Ramsés II y el nuevo rey hitita, Hattusili III, que daban una imagen distinta de la «victoria». El rey hitita preguntaba a Ramsés por qué se presentaba como el vencedor de Qadesh, si había perdido. Ramsés, por su parte, reconocía que aquella había sido una batalla difícil. No admitía su derrota, pero, tal vez a regañadientes, dejaba entrever lo que se escondía tras todos esos relieves y poemas.

Así que, si queremos entender por qué se dan versiones tan distintas de los mismos hechos, tenemos que ir algo más allá. No es simplemente que dos bandos estén intentando presentarse como los vencedores porque no saben perder. Esto no es como cuando tenemos dos versiones de la misma noche de fiesta y cada uno la recuerda de forma distinta. **Tenemos que entender qué significa cada fuente, en qué circunstancias se mandó escribir y con qué objetivo.**

Por un lado, el *Poema de Pentaur* y los grabados eran versiones oficiales, presentadas por un monarca a sus súbditos con el objetivo de mostrarse como poderoso. El faraón además tenía un carácter divino, así que con más razón: un dios no podía perder. Por otro lado, tenemos cartas privadas, intercambiadas como parte de la diplomacia entre dos grandes potencias y donde el objetivo era muy distinto. Pasada la batalla, Ramsés y Hattusili buscaban mantener una especie de cordialidad, o al menos eso parece interpretarse al leer su correspondencia. Además, a medida que pasaban los años, algunas de las consecuencias de la batalla parecían más claras: una serie de revueltas en el Levante hicieron difícil que los egipcios controlasen la zona. En el lado hitita hubo luchas internas por controlar el trono en cuanto murió Muwatalli que tampoco permitieron ningún avance contra Egipto. A largo plazo, el resultado final de esta batalla sería

un lento proceso diplomático que llevaría a la firma del tratado de paz más antiguo que se conserva, conocido precisamente como el Tratado de Qadesh, en el que los dos monarcas reconocían al otro como un igual, y sus zonas de influencia. Ni *pa* ti ni *pa* mí.

Lo más probable es que la batalla en sí fuese una victoria, a duras penas, para el bando egipcio, pero una tan difícil y costosa que, a la larga, supuso una victoria táctica de los hititas. Al menos, en esa línea lo interpretan la mayor parte de los historiadores. Y leer a los historiadores, y el consenso que han ido construyendo en base a las fuentes primarias, a los debates y a la colaboración, es también una fuente de conocimiento histórico en sí, y una importantísima. Para conocer un único hecho histórico (el resultado de una batalla), hemos tenido que recurrir a fuentes de todo tipo: correspondencia privada, obras literarias, crónicas públicas y documentos jurídicos y, sobre todo, contrastarlas. Algunas de estas fuentes fueron escritas inmediatamente después de la batalla; otras, décadas después. Cada una nos ilumina distintas facetas sobre lo que ocurrió en Qadesh y cómo lo vieron las distintas personas involucradas. O al menos cómo quisieron recordarlo.

Hay más tipos de fuentes escritas, por supuesto, donde podríamos decir que el principal interés no es ensalzar el poder o hacer un ejercicio propagandístico. Las fuentes de tipo administrativo, por ejemplo, las actas notariales, o los inventarios y las cuentas de las casas nobiliarias pueden ser aburridísimas de leer, pero nos hablan de cómo se gestionaban los estados o los territorios, qué años hubo mejores cosechas o cómo se organizaba el comercio. Podemos ver, por ejemplo, cómo las malas cosechas afectan al precio del trigo, y cómo un aumento en el precio del pan pudo dar pie a revueltas populares.

Las fuentes jurídicas, como las leyes que se decretan, nos hablan de cambios en la mentalidad o de nuevas preocupaciones entre la sociedad que las redacta. Una pista: **cuanto más se insistía en prohibir algo, más probable era que ese algo se hiciese..., y mucho**. Por ejemplo, a partir del siglo xiv en Europa encontramos cada vez más leyes que regulan qué tejidos y colores podía vestir la gente según su estatus social. Estas leyes son conocidas como **leyes suntuarias** y nos informan no solo de que las clases urbanas empezaban a poder permitirse prendas más caras que antes solo podían permitirse los nobles, sino también de que estas prohibiciones solían ignorarse. O, al menos, se buscaban triquiñuelas para ignorar la ley sin romperla.

Por otro lado, las sentencias nos hablan de la frecuencia con que estas leyes se rompían y cuál era el precio que la gente estaba dispuesta a pagar por cometer esos crímenes, o qué importancia daban ciertas sociedades a unos crímenes frente a otros. Por ejemplo, si bien la «sodomía» estuvo prohibida en la Marina inglesa desde el siglo xvi, rara vez vemos que esta ley se llevase a juicio y se emitiesen sentencias, hasta por lo menos cien años después. Hasta ese momento, si aparecía el cargo de sodomía, solía ser un añadido a otros cargos mayores como la alta traición. No es que antes no hubiese hombres que se querían mucho, o que a partir del siglo xvi se volviesen más torpes a la hora de disimularlo, sino que el delito, aunque tipificado bajo el reinado de Enrique VIII, pareció no considerarse lo suficientemente grave como para perseguirlo de manera activa con todo el peso de la ley hasta ese momento.

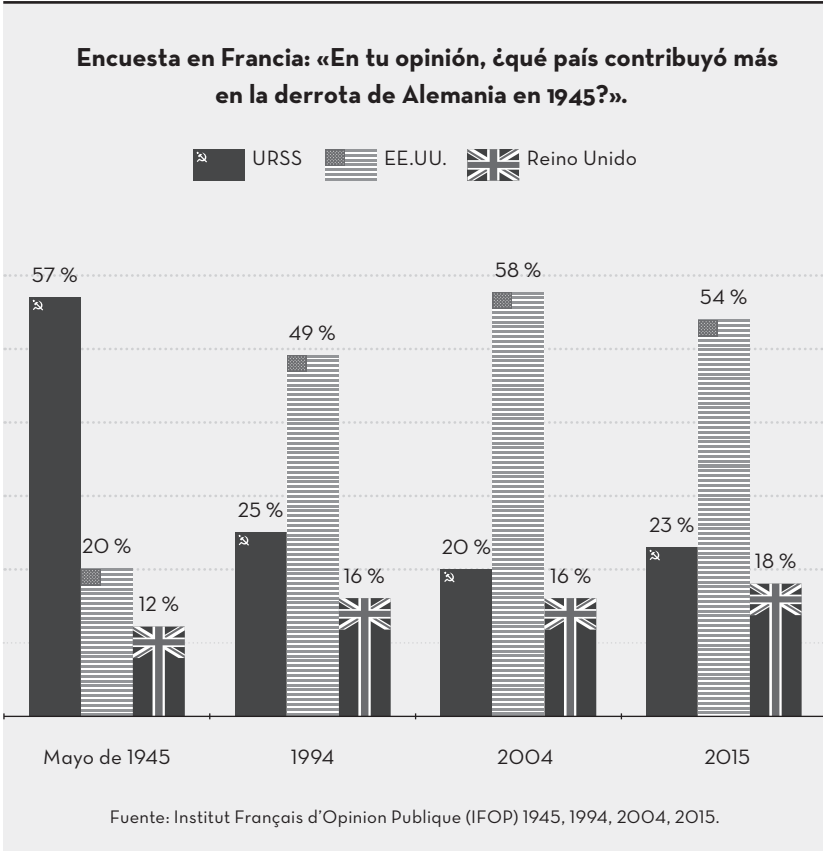
Si nos acercamos más en el tiempo, tenemos muchas más fuentes y más variadas. A partir del siglo xv, la irrupción de la imprenta en Europa permitió que escribir fuese mucho más rá-

pido y que los escritos circularan más. Tenemos más libros, más tratados, y apenas unos doscientos años después (en Europa, eso sí, porque en China nos llevaban bastante la delantera) empezamos a tener periódicos. Esto nos da muchas más fuentes y formas de acercarnos a acontecimientos del pasado. Podemos leer cómo se vivieron ciertos eventos en el mismo día e incluso desde distintas perspectivas de diversos periódicos. No creo que sorprenda a nadie si digo que la información que da la prensa también tiene un objetivo y un mensaje. Podemos leer también noticias que parecerían no tan importantes, pero nos hablan de cómo vivía la gente en una época, o incluso esquelas, ver qué productos se anunciaban y un larguísimo etcétera.

Por todas estas razones, si estudiamos las fuentes escritas es muy importante que entendamos de dónde vienen y con qué objetivo se escribieron, ya que solo así podremos saber no solo qué dicen, sino **a quién se lo dicen, por qué lo dicen y por qué omiten lo que omiten. Esto es, interpretarlas.** Otro punto fundamental, por supuesto, es entender cuándo se escribe y qué pasos ha seguido esa fuente hasta llegar a nosotros. Encontramos multitud de fuentes que nos hablan de periodos pasados, crónicas que se escribieron cien o doscientos años después de los hechos. Y en muchos de estos casos es de esperar que les esté fallando la memoria. A medida que pasa el tiempo, nuestro recuerdo de los acontecimientos pasados se tergiversa. Normalmente porque no podemos recordarlo todo, pero más a menudo es porque los eventos que vienen después manchan nuestra visión de lo que ocurrió antes.

Existe una famosa encuesta en la que se preguntó a los franceses quién creían que había tenido un papel mayor en la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial contra Alemania. Esta pregunta, al parecer sencilla, se realizó en cuatro fechas





distintas para comparar los resultados: en 1945, poco después de la guerra; en 1994, tras la caída del bloque soviético; en 2004, tras la guerra de Irak; y finalmente en 2015, cuando se publicó el estudio. Sin ahondar en qué respuesta sería la «correcta», vemos que después de setenta años de vivir en el «mundo libre», los franceses habían cambiado de opinión de forma casi absoluta.

De forma parecida, cuando las fuentes se copian y se reescriben a lo largo de los siglos, podemos esperar que el copista omita algunas cosas, bien porque no le convienen, o porque no las entiende, o que directamente cambie otras para adaptarlas al

lenguaje y la mentalidad de su época. Los textos de muchas sagas nórdicas se recopilaron por escrito en el siglo XIII, en un contexto ya cristianizado. Por monjes, de hecho.

Por ejemplo, la saga de Erik el Rojo, que nos permite conocer la llegada de los vikingos al continente americano en torno al año 1000. Es de esperar que muchos aspectos de la religión pagana fueran omitidos, transformados o leídos desde una perspectiva que ya no los consideraba aceptables. En muchos de estos casos, además, tenemos que contar con que no solo se pusieron por escrito siglos más tarde, sino que, además, el manuscrito original se ha perdido y solo conservamos copias posteriores, enteras o fragmentadas, como ocurre con la Edda prosaica (la mayor fuente para conocer la mitología nórdica). Así que tenemos la mediación de muchos autores, y sus intenciones, entre «el hecho», lo que se escribe, lo que se copia y lo que leemos.

## **¡QUÉ COSAS TENÉIS LOS ARQUEÓLOGOS!**

Dejando atrás lo escrito, tenemos las fuentes materiales o arqueológicas. Lo que las sociedades del pasado han dejado atrás: las herramientas que utilizaban, la vajilla en la que comían, las casas y los edificios donde habitaban o las tumbas donde se enterraban. Estas fuentes, que estudian los arqueólogos, nos permiten saber cómo vivían las sociedades del pasado, cómo cocinaban, con quién comerciaban, cómo construían... Es un larguísimo etcétera.

Cuando se desentierra una tumba, un arqueólogo puede estudiar la posición social del difunto según los objetos con los que fuese enterrado (su ajuar); otro podría estudiar los materia-

les con los que está hecho este ajuar y descubrir que algunos de ellos viajaron miles de kilómetros hasta llegar ahí, y un paleoantropólogo podría analizar los huesos para ver qué clase de trabajos y esfuerzos tuvo que hacer esta persona en vida, si recibió heridas o si tuvo problemas de nutrición (todo eso y mucho más queda reflejado en nuestros huesos).

---

«¡Santa Bárbara bendita,  
madre de san Agustín,  
he encontrado una cosa!»,

Ralph Wiggum.

---

Los restos que dejamos atrás hablan tanto como lo que podamos dejar escrito. Porque los objetos, las cosas que utilizamos, dicen más de nosotros de lo que querríamos pensar y son creados dentro de sistemas de relaciones y significados que varían según el contexto. Donde vivimos dice mucho de cómo tenemos pensado que una persona debe vivir, nuestras ideas de familia, o de espacio «privado». Y eso sin meternos en la decoración.

Personalmente siempre me gusta explicar la diferencia entre lo que podríamos descubrir de una persona si leemos lo que publica en sus redes sociales frente a lo que pensaríamos si rebuscásemos en su basura. Tal vez descubramos que ese *instagramer* que presume de una vida sana y de una dieta totalmente saludable, patrocinada por la marca *low-fat* de turno, se metió entre pecho y espalda dos bolsas de patatas y un paquete de rosquillas. Esto no quiere decir que una fuente sea más válida, o mejor, que la otra. En ambos casos estaríamos descubriendo

algo útil: cómo alguien quiere verse o quiere que le vean, frente a lo que hace en el día a día.

En el ejemplo de Qadesh que mencionábamos antes, la falta de objetos y artefactos egipcios (lo que llamamos *cultura material*) en la zona de Palestina nos daba ciertas pistas de que el reino de Ramsés II tardaría aún varias décadas en controlar esa zona, por mucho que, en aquellos años, a nivel internacional, el faraón estuviese reclamando como efectivo su control.

La arqueología, que es la ciencia que estudia el pasado a través de las fuentes materiales, ha servido para matizar muchas cosas sostenidas por la historia cuando solo se usaban fuentes escritas. Los textos escritos a menudo se centran en las élites o son escritos para ellas, mientras que las «cosas» que nos encontramos en un yacimiento pudieron pertenecer hasta a la persona más pobre.

Por ejemplo, volvamos a los vikingos: si buscamos en las fuentes de la propia época, nos vamos a encontrar que la mayor parte fueron escritas por los pueblos que se cruzaban con ellos, no por ellos mismos, así que abundan en ellas historias sobre los saqueos y el pillaje. Las sagas vikingas y otras fuentes escandinavas, transmitidas oralmente y puestas por escrito siglos más tarde, podían iluminar algunos aspectos, pero se centraban sobre todo en hablar de grandes personajes y expediciones. Las fuentes más cercanas a la época eran las de los autores cristianos, que eran al fin y al cabo quienes sabían escribir, y tras la quema del monasterio de Lindisfarne en el 793 (evento que se considera que da inicio a la era vikinga) podemos entender que estos señores no estuvieran muy por la labor de pararse a intentar comprender cómo vivían los paganos. Las fuentes nos hablan casi siempre de los vikingos como un castigo divino, y las referencias a los intercambios pacíficos con ellos solían dejarse de lado para centrarse en saqueos, ataques y grandes ejércitos.